



Un modo de entender la Universidad

Francisco Ponz

Catedrático de Fisiología
Antiguo Rector de la Universidad de Navarra

Al beato Josemaría Escrivá, gran universitario, le apasionaba todo lo referente a la Universidad. Doctor en Derecho y en Teología, Doctor *honoris causa* en Historia, impulsó la creación de Universidades y de gran número de otras instituciones de educación superior, y despertó en muchos la vocación universitaria. Instrumento de Dios para promover la santidad en los quehaceres seculares mediante la santificación del trabajo y de la vida profesional, familiar y social, el Fundador del Opus Dei contempló siempre a la Universidad en su más pleno sentido, a la luz de la fe, con perspectiva unitaria humana y teológica.

Entendía a la Universidad como realidad secular que, en sus funciones tradicionales de búsqueda y transmisión de la verdad y con la autonomía propia de lo temporal, ha de servir a los hombres según todas las dimensiones de su personalidad. La veía con unidad y armonía –y no oposición, ni ruptura– entre sus aspectos naturales y humanos, y los que derivan de la condición del hombre como criatura llamada a su destino eterno; entre las verdades de las ciencias humanas y las que ha revelado Dios. Esta

visión de la Universidad guarda relación con la *«unidad de vida»* que el beato Josemaría postulaba para el hombre, hecho de materia y espíritu y llamado a la felicidad terrena y eterna. Unidad radical, por entero coherente con la fe, que en los miembros cristianos de la comunidad universitaria implica que el amor y trato filial con Dios y el amor al prójimo por Dios, estén fundidos y penetrados con el trabajo secular universitario, que es ocasión y medio de santificación y apostolado. La Universidad constituye de ese modo un nobilísimo servicio humano y cristiano y cobra nueva y vigorosa vitalidad.

En la mente del Fundador de la Universidad de Navarra, la institución universitaria debe gozar de libertad. Ha de ser realizada por universitarios con esa vocación profesional; que ponen empeño en hacer su trabajo lo mejor posible, en un ambiente de libertad y pluralismo, aunados en las cuestiones esenciales. El amor comprometido a la verdad conducirá a la inspiración cristiana de la entera actividad académica y a ser siempre consecuentes con la dignidad de la persona humana. Sin temor a una

incompatibilidad real entre la ciencia y la fe, nunca posible, la Universidad debe crear y difundir cultura arraigada en sólidos principios; ha de estar en la vanguardia de la investigación para el acrecentamiento de las ciencias y el progreso humano; debe contribuir a configurar el pensamiento científico de la humanidad. Su carácter universal tendrá reflejo en la diversidad de saberes que cultiva, en el estudio interdisciplinar de las cuestiones, en la cooperación con otras instituciones, en la ausencia de toda discriminación, en estar abierta a todos y al servicio de todos.

Enseñaba el beato Josemaría que la Universidad ha de preparar científicos y profesionales bien cualificados, que lejos de todo egoísmo, estén dispuestos a servir al prójimo y a la sociedad con sus conocimientos y su trabajo competente. Pero añadía que es también indeclinable función suya *«la formación enteriza de las personalidades jóvenes»*: favorecer el desarrollo integral y la maduración de la personalidad, el espíritu de servicio, la apertura de la mente a la cultura, la adquisición de criterio, convicciones, principios éticos y respuestas válidas para los interrogantes que

acucian al hombre sobre su origen y destino; y dar a conocer, con exquisito respeto a la libertad de las conciencias, las riquezas de la fe cristiana.

Pieza clave para que estas ideas se plasmen en la realidad universitaria es, sin duda, la función de magisterio de los profesores: su amor a la verdad, su ejemplo de coherencia y unidad de vida, su entrega generosa a las tareas académicas y al bien profesional, humano y espiritual de alumnos y discípulos, que es *«forja de hombres»*. Con este espíritu, la comunidad universitaria abundará en libertad y responsabilidad, serenidad y trabajo, comprensión y respeto mutuo, trato confiado, sincero y cordial, alegría y buen tono; y en solidaridad basada en el bienquerer humano y cristiano a los demás. En palabras del beato Josemaría, *«la Universidad contribuirá también con su labor universal a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres, a aligerar el miedo ante un futuro incierto, a promover –con el amor a la verdad, a la justicia y a la libertad– la paz verdadera y la concordia de los espíritus y las naciones»*.

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.